

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN TEMA CONTROVERTIDO

Contaminación del aire y nuevo estilo de vida

EN la mejor de las estaciones de TV de Los Angeles hay todas las semanas un programa titulado «The Advocates», en el que se discute, como si fuese ante un Tribunal, un tema controvertido de actualidad. Cada uno de los dos «abogados», el que propone la nueva norma —que, por ejemplo, se excluyen de la televisión los anuncios de los productos farmacéuticos, o que sean amnistiados quienes se han sustraído al servicio militar— y el que se opone a ella, llevan sus correspondientes «testigos», personas de reputación y competencia reconocida, o de responsabilidad oficial en cuanto al tema en litigio. Al final del juicio oral, el presidente, en lugar de dictar sentencia, deja abierta la cuestión y exhorta al público a que actúen como «jurado», invitándole a que envíe su «veredicto» a Boston, que es donde se realiza este programa.

La cuestión vista para sentencia en el último juicio que he presenciado, un par de días antes de escribir las presentes líneas, fue la siguiente: los fondos federales dedicados a las autopistas ¿deberían ser transferidos a los medios de transporte colectivo? Por parte de la reforma hablaron, como testigos, el ministro o secretario del Interior durante los años 1960 a 1969, Stewart Udall, que reconoció el gran error cometido en la política de Obras Públicas durante la década pasada y la anterior a ella. Al automóvil, «el mayor enemigo de la pureza del aire», se le dio un impulso enorme con el fabuloso sistema de autopistas. El transporte

colectivo en cambio no sólo no aumentó, sino que decreció muy sensiblemente. El actual gobernador del Estado de Massachusetts, Francis Sargent, explicó la política de preservación de Boston, el plan de desarrollo de transportes públicos y el esfuerzo para que la capital de New England no se convierta en un Los Angeles, desventrado en su mismo centro por una red de autopistas que lo surcan en todas direcciones. A favor del sistema actual intervinieron el profesor de «Transportation» (Departamento de Economía) de la UCLA, George Halton y el diputado republicano por Texas, James Wright. Según ellos no se puede volver al pasado. La descentralización y desparramamiento de las ciudades impide que el transporte público reemplace al individual, y menos aún el traslado de las minorías más pobres a sus lugares de trabajo, lo que requeriría una complicadísima y no rentable red de autobuses. Por otra parte se habló del conocido peligro para la seguridad personal que existe durante la noche en el «metro» de Nueva York. (También Boston tiene un muy buen sistema de comunicación subterránea.)

Los periódicos se plantean el mismo problema. ¿Es posible mantener el aire incontaminado sin cambiar el automovilístico estilo de vida? Los estudios futurológicos de Caltech parecen mostrar que el plan para lograrlo en el área de Los Angeles hacia el año 1990 fracasará a causa del aumento en el consumo de combustible, que lo contrarrestará, aun suponiendo el mayor éxito en

la fabricación de nuevos motores de baja contaminación. El racionamiento de gasolina —de que se habla ya como medida de aplicación posible muy pronto— no es, en sí mismo, una solución. Es menester que se comprenda la necesidad de reemplazar el automóvil particular, de acabar con su «sacrosanta libertad». Pero para esto no basta la acción política. Es menester que la gente cambie de estilo de vida.

Sinceramente, no creo que en los Estados Unidos vayan a cambiar el estilo de vida del hombre «en» automóvil, inseparable de él. Pueden introducirse, es cierto, determinadas modificaciones, como la de reservar un carril a los autobuses en las autopistas (al estilo de lo que, después de suprimir los trolebuses, se ha hecho en algunas calles céntricas de Madrid), y una red de minibuses (20 pasajeros, 10 centavos) en el gran Los Angeles. Pero es demasiado tarde para pasar a otro sistema. Se apostó a la economía de consumo del coche, la General Motors representa por excelencia los intereses económicos del país, Ford no se queda muy atrás y la carta que se jugará a fondo será la de fabricación de nuevos modelos de baja emisión de gases, «limpios» (lenguaje que hace pensar en aquellas bombas atómicas, «limpias» también). El capitalismo se ha centrado en el sistema de tráfico individual y ha de proseguir en él.

Se comprende asimismo que los países europeos que también poseen una potente indus-

tria automovilística —Alemania, Francia, Inglaterra, Italia— hayan jugado la misma carta. Lo penoso es que España, donde tanto se habló de «revolución», se haya echado el dogal económico neocolonista al cuello, copiando tal estilo de vida sin justificación alguna, puesto que en nuestro país, salvo unos pocos privilegiados, no se vive en casas particulares y las palabras «hotelito», «chalet», «villa» conservan su prestigio socioeconómico. En los Países Bajos, en Escandinavia se ha preservado un estilo propio, mediante el uso masivo de la bicicleta, aunque se posea también automóvil. (Aquí, en la Universidad de California, en Santa Bárbara, también.) En España, no. Y es de temer que la URSS y sus satélites caigan en la misma trampa, tan anticomunitaria.

No creo que el Régimen sea entre nosotros el único culpable, aunque algún día se reconocerá la enorme responsabilidad en que ha incurrido el actual alcalde de Madrid. Jóvenes muy verbalmente «revolucionarios» sueñan con el coche, si es que aún no lo tienen. La desmoralización del país, incapaz de imponerse un sacrificio para liberar su economía, lograr una justa generalización del consumo necesario y afirmar así su personalidad propia, es el origen de todo. Qué es lo que colectivamente nos ha llevado a tal desmoralización es otra historia.

José Luis L. ARANGUREN

VICIOS Y VIRTUDES

LA ENVIDIA, POR EJEMPLO

EN todas partes cuecen habas, desde luego, pero nunca es seguro que en casa de uno la calderada sea de mayor calidad que en la del vecino. Simplemente, ocurre que lo propio es lo que pica, y tendemos a exagerarlo... Don Francisco Cambó sostenía que la envidia era el vicio más enconado de los catalanes. Don Miguel de Unamuno afirmaba que lo era de los españoles en general. «L'envie est essentiellement le vice français», escribió Alphonse de Lamartine. Y me temo que la lista podría alargarse indefinidamente. Cada cual, mirando a su alrededor, se descubre ceñido de envidia, y piensa que el mal cunde entre su pueblo —en su sociedad— con un cierto aire de exclusividad, o, al menos, con exceso abrumador... No vamos a reñir por eso. Sería idiota. La envidia no es un «hecho diferencial», precisamente. Pertenece al repertorio común de la humanidad, como la ira, la lujuria o la avaricia. Como el resto de los siete pecados capitales. Que son siete justos: exhaustivos. Se podrá decir lo que se quiera de los viejos moralistas, pero fueron unos tios lúcidos y juiciosos: puestos a examinar y catalogar la conducta de la gente, y repartirla en «vicios» y «virtudes», alcanzaron una prodigiosa exactitud... La envidia no admite discusión. Las familias, las oficinas, las Universidades, las artes, las letras, la política, las fábricas, las sacristías, los negocios, las clínicas, todo, toda estructura de convivencia, queda crispada por la envidia.

La tradición tiene muy muñida la idea. No hará falta insistir sobre ello, creo. Bastará apuntar dos o tres datos obvios. Uno nos llega truculentamente definido por una historieta tópica en los predicadores medievales. Es el apólogo del rey que ofrece a un súbdito una «gracia», a condición de duplicarla a su rival: el primer beneficiario pide que le saquen un ojo, con lo que el otro recibirá la condena de los dos ojos saltados. El envidioso, en efecto, es capaz de quedarse tuerto para que su émulo padezca la ceguera absoluta. Ya pasan cosas así... Un aspecto no menos doloso es la venganza. El envidioso es vengativo: no toda venganza responde a la envidia, pero raramente hay envidia que no se coagule en una u otra forma de odio agresivo. En el fondo, la envidia no es más que eso: un odio. Un odio pequeño, solapado,

hipócrita, y, en consecuencia, más temible que el odio libre y desvergonzado. La zancadilla es su recurso, ya que no la puñalada limpia; pero también la puñalada, si conviene... Y a escala menor, sin llegar a la venganza, se presenta la zancadilla: la maledicencia, el silencio, el desdén. Son armas miserables, y a menudo, con resultados de una eficacia sensacional. «Ni envidiado ni envidioso», reza el verso que se atribuye a fray Luis de León. Es un desiderátum bastante razonable. Quizá demasiado, para tener alguna viabilidad...

Sin embargo... Con la envidia, como con todo, la cuestión es de dosis. Una envidia desenfrenada, aproximadamente sistemática, provocaría un caos: la envidia frenética es antisocial. Salta a la vista. Pero una sociedad sin su pizca de envidia sería igualmente suicida... Con el catecismo en la mano —me refiero al de mi época, preconciliar y considerablemente explícito en sus postulados—, los «vicios» y las «virtudes» coinciden, siete contra siete, en ser poco favorables a la biología y al sustento de la especie. Una sociedad cualquiera no podría sobrevivir con los pecados capitales a rienda suelta. Tampoco podría aguantarse con las siete virtudes contrarias, llevadas a rajatabla. Wenceslao Fernández Flórez —leo admirables monografías sobre Felipe Trigo, «Jerarquía» y la novela por entregas: ¿por qué las cátedras sociológicas de literatura española marginan a don Wenceslao?—, Fernández Flórez, digo, redactó en «Las Siete Columnas» la caricatura de una comunidad resueltamente virtuosa. El libro es divertido, y su sarcasmo no resulta tan superficial como parece. La única eventualidad de «socializar» la «virtud» es el monasterio. Y el monasterio es la excepción: lo infrecuente, lo heroico, lo —paradójicamente— inejemplar...

Para que funcione bien, o medianamente bien, el metabolismo de la especie, en tanto que especie, es necesario que sus individuos se dejen llevar por la concupiscencia. «Ma non troppo». Extirpen ustedes la «concupiscencia» en sus variadas afloraciones, y verán cómo se agosta el tinglado. Por algo el panorama inmediato es contradictorio, y al lado de las más solemnes declaraciones encaminadas a salvar almas, nos encontramos con joviales condescendencia que casi se asemejan a la tolerancia. Se ve a la legua en los asuntos del erotis-

mo: películas, libros, revistas, teatro, manuales de iniciación. En los otros —los de la ira, la avaricia, el orgullo, la pereza...—, la cosa sólo aparentemente es más confusa. El «establishment» sabe lo que se hace. Articula los más espectaculares aspavientos frente a los vicios, y se abstiene de entusiasmarse con la «virtud». La industria y el comercio, y el orden público, se irían al traste, si la «virtud» o el «vicio» se impusiesen. El abuso por la disipación es despilfarro tonto; el abuso por la privación sería la ruina.

El término medio es lo adecuado. Da pena reconocerlo, pero es así. Para que marche la máquina, conviene que se establezca un compromiso entre la crápula y la austeridad. Eso, ya se comprende, no tiene nada que ver con las «éticas» que se traman en las últimas cátedras y en los últimos conventos. Las «éticas» continuarán teniendo sus doctos cultivos. Pero, en la práctica, o, si tanto se quiere, en la praxis, se impone indeciblemente la verdad de una dialéctica de intereses muy primaria, de la que depende todo lo restante. Sigo con mi vocabulario clerical: entre la lujuria y la castidad, entre la ira y la paciencia, entre la pereza y la diligencia, entre polos opuestos, frenéticos o incautos, lo importante es ir tirando, con un «mitad y mitad», como confesaba aquel personaje del «Pygmalion» de Shaw... Una sociedad envidiosa es un infierno: lo sabemos. Una sociedad sin envidia ni siquiera sería sociedad. La envidia bien administrada recibe el nombre de «espíritu de competición», cuando encuentra epistemólogos hábiles. En nuestras costumbres, la envidia se esconde tras la fachada de la «competencia», si la buena educación se interpone. Y, se interpone o no la «buena educación», o la «moral», o lo que sea, la envidia discretamente administrada constituye una energía notable, para «progresar». Y como la envidia los otros seis pecados capitales. La avaricia y los bancos, la pereza y el turismo, la lujuria y las familias, el orgullo y el poder, el... La envidia sólo es nociva cuando se pasa de rosca. Como todo.

Joaquín FUSTER

BARCELONINS! COMPREM

SALONS DAURATS, ISABELINS I D'ESTIL, QUADRES, MOBLES I COMODES D'ESTIL, LAMPARES, FIGURES, BRONZE I MARBRE, ETC. JOGUINES, HERENCIES, TORRES I PISOS COMPLERTS.

Gran interès per els quadres: Sr. CRISFER

T. 226-05-50

ALIMENTACION, HOSTELERIA, BARES

Es importantísimo que estos Establecimientos tengan presente que no pueden comprar café, si este no va acompañado de la correspondiente GUIA DE ADUANAS. Al admitir género sin dicho requisito se incurre en el incumplimiento de la Ley, que sanciona severamente su infracción con la multa correspondiente.

INFORMACION COMERCIAL PENINSULAR

VARICES

MEDIAS ELASTICIDAD EN TODOS LOS SENTIDOS, surtido completo en hilo y espuma de nylon, las mejores marcas los mejores precios. Disponemos también rodilleras, tobilleras, musleras y pantorrilleras. ORTOPEDIA SABATE calle CANUDA, 7 (esquina a Rambles)

HERNIADO (QUEBRADURAS)

La solución la hallará, si utiliza nuestros aparatos herniarios (BRAGUEROS) de contención eficaz y garantizados. MAS DE CINCUENTA AÑOS AL SERVICIO DEL HERNIADO. (Bajo prescripción facultativa) ORTOPEDIA SABATE. Canuda 3, 5 y 7

CAMBIAMOS su T.V. usado y le abonamos hasta 8.000 ptas.

resto por los plazos que Ud. prefiera
Rda. San Pablo, 42-44
SATEL Escudillers, 35
Rda. La Torrassa, 78 (Hospital)
VERDUN: Alcudia, 66
(Esq. Pintor Alzamora)

Invierta a un 17,19% anual acumulado

con reinversión de intereses cada 6 meses en 5 años

La oportunidad de invertir sus ahorros en un GRUPO FINANCIERO de sólida constitución, se lo puede ofrecer únicamente una empresa planificada hacia el futuro y cuyas realizaciones, sólidas y tangibles, son de proyección inmediata.

No es necesario que disponga de grandes capitales, únicamente con 5.000 ptas. iniciales,

puede empezar a participar en una de nuestras modalidades con las ventajas de una Sociedad ABIERTA DE INVERSION COLECTIVA.

APROVECHE ESTA OPORTUNIDAD pidiéndonos información por escrito, o bien llamémosle por teléfono para concertar una entrevista y así poder ofrecerle cuantas precisiones estime oportunas.



cafidesa

CATALANA DE FINANCIACION Y DESARROLLO, S.A.

C/ Mallorca, 272-276, Barcelona-9
Telf. 215 85 98

DESEARIA INFORMACION SIN COMPROMISO

Nombre
Dirección
Población Prov.
TELEFONO
Ref., LV.

¡¡HERNIADOS!!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida, mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP». Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo) BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. número 1322). Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.